

# *De puños y pistolas. Violencia falangista y violencias fascistas\**

José Antonio Parejo Fernández

Universidad de Sevilla

*Resumen:* Este artículo plantea la necesidad de rastrear el pasado del joven español que se hizo falangista y la trayectoria del camisa azul que devino en combatiente, prestando para ello especial atención a los primeros tiempos del falangismo. Para tal fin y partiendo de una breve comparación con lo ocurrido en otras organizaciones fascistas de Europa se recurre a datos novedosos extraídos fundamentalmente de los archivos municipales y documentos conservados en manos privadas. Gracias a estos fondos, pueden aportarse imágenes nuevas con las que contribuir a la reconstrucción de la historia de la violencia política en la España de los años treinta.

*Palabras clave:* España, Falange española, Segunda República, guerra civil, violencia política.

*Abstract:* This article raises the need to track the past of those Spanish young people who became fascists and the way in which those fascists developed into soldiers. So it pays special attention to the first times of the Spanish Falange. This paper talks about the political training of Spanish fascists from a European comparative perspective. Main sources for this research are new information coming from the local and private archives. Thanks to these data, this essay develops new images

---

\* Este artículo se integra en el proyecto financiado por la Comunidad de Madrid «Elecciones y cultura política en la Segunda República española (1931-1936). El impacto cuantitativo de la violencia en la competencia partidista», ref. URJC-CM-2010-CSH-4935.

to improve our knowledge of the history of the political violence in the Spanish thirties.

*Keywords:* Spain, Falange Española, Second Republic, civil war, political violence.

## Introducción

La violencia política marcó la historia del Viejo Continente desde los inicios del siglo XX debido a que todos los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios de masas la practicaron, llevándola incluso hasta unos niveles difíciles de superar tal cual hicieron, antes que nadie, los bolcheviques durante la guerra civil en el fenecido imperio zarista<sup>1</sup>. Por eso, a simple vista, no resultó una novedad el que los fascismos pusieran en marcha sus violencias y, sin embargo, el cómo la entendieron y el modo en que la llevaron a la práctica se convirtió en uno de los componentes definitorios que los distinguieron del resto de organizaciones políticas<sup>2</sup>. El porqué se debió al sentido positivo que los primeros fascistas le imprimieron a la misma, por el valor terapéutico que le atribuyeron, por el hecho de que tanto los camisas negras como los seguidores del incipiente movimiento nazi la convirtieron en un modo de vida, pues sólo luchando de principio a fin es cómo entendieron que alcanzarían los objetivos que ambos movimientos se proponían<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Stanley G. PAYNE: *Historia del Fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 20. Sobre la importancia de la violencia en la forja de los fascismos históricos véanse Robert O. PAXTON: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2004, p. 17, y Roger GRIFFIN: *The nature of fascism*, Londres, 1991. Un buen balance historiográfico en Emilio GENTILE: *La vía italiana al totalitarismo. Partido y Estado en el régimen fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; para el nazismo, John LUKACS: *El Hitler de la Historia. Juicio a los biógrafos de Hitler*, Madrid, Turner, 2003.

<sup>2</sup> Robert O. PAXTON: *Anatomía...*, p. 23; Stanley G. PAYNE: *Historia del...*, pp. 15-16, y Allen DOUGLAS: «Violence and fascism: the case of Faisceau», *Journal of Contemporary History*, 19-4 (1984), p. 689.

<sup>3</sup> Roberta SUZZI VALLI: «The myth of squadristism in the fascist regime», *Journal of Contemporary History*, 35-2 (2000), p. 133, y Stanley G. PAYNE: *Historia del...*, p. 20. Para una completa cronología de los actos violentos, Mimmo FRANZINELLI: *Squadristi. Protagonisti e tecniche della violenza fascista (1919-1922)*, Milán, Oscar Storia-Mondadori, 2004; Roberto VIVARELLI: *Storia delle origini del fascismo. L'Italia dalla grande guerra a la marcia su Roma*, 2 vols., Bolonia, Il Mulino, 1991, y Renzo DE FELICE: *Mussolini*, 8 vols., Turín, Einaudi, 1965-1990.

En la forja de aquel estilo de vida influyeron, entre otros factores, los efectos de la Gran Guerra. La *brutalización* de la sociedad derivada de la propia contienda así como los intentos posteriores de extender el bolchevismo por Europa, más las perturbaciones y los miedos consiguientes que se extendieron por amplias capas de la población prepararon el terreno para que los europeos soportaran la violencia hasta un punto que ésta, paradójicamente, empezó a ser vista cómo la mejor manera de retornar al orden y a la normalidad<sup>4</sup>. Y, sobre todo, porque aquel conflicto cambió para siempre a esa parte de la juventud europea que al término de la guerra no abrazó el pacifismo; jóvenes que primero fueron soldados y luego integrantes de las primeras escuadras fascistas, donde siguieron teniendo muy presentes tanto las frustraciones del combate como la violencia extrema con la que habían convivido durante cuatro años<sup>5</sup>. Fue una generación enviada a la muerte por sus países, hombres que marcharon a la batalla y que en las trincheras aprendieron a convivir con el odio, a combatir, a forjar una hermandad de sangre que una vez acabada la Primera Guerra Mundial siguieron manteniendo, pero ahora contra sus adversarios políticos convirtiéndose ya en enemigos a exterminar<sup>6</sup>.

En el fascismo, por tanto, la violencia vitalista marcó un camino en el que la muerte pasó a ser el más alto servicio y donde la rendición de honores a los camaradas muertos se convirtió en el mayor timbre de gloria con el que un militante podía ser correspondido. Pero el fascismo también supo combinar esa violencia con el hecho

---

<sup>4</sup> George MOSSE: *Fallen soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, pp. 159-182; Ian KERSHAW: *Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península, 1999, p. 182, y Enzo TRAVERSO: *La violencia nazi. Una genealogía europea*, Méjico, FCE, 2003.

<sup>5</sup> Un retrato de la juventud anterior a la guerra en Stefan ZWEIG: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2007. Para una panorámica del periodo anterior a la guerra véanse Mikuláš TEICH y Roy PORTER: *Fin de Siècle and its legacy*, Cambridge, 1993; Barbara TUCHMAN: *La Torre del Orgullo (1890-1914). Una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Península, 2007, y Phillipp BLOM: *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Barcelona, Anagrama, 2010.

<sup>6</sup> George MOSSE: «The genesis of fascism», *Journal of Contemporary History*, 1-1 (1966), p. 17; Stanley G. PAYNE: *Historia del...*, pp. 115 y ss.; Ian KERSHAW: *Hitler...*, p. 182, y Dahlia SABINA: «Electoral democracy, revolutionary politics and political violence: the emergence of fascism in Italy, 1920-1921», *British Journal of Sociology*, 51-3 (2000), pp. 461-488.

de conseguir presentarse como el último refugio contra el comunismo, a más de con un mensaje palingenésico y propuestas concretas que atraerían tanto a las clases altas como a los trabajadores italianos o alemanes, todo lo cual acabó permitiéndoles sus primeros triunfos tanto en el Valle del Po<sup>7</sup> como en la Alemania de Weimar, donde los casi 10.000 nazis de base que habían sido heridos hasta 1932 durante las refriegas contra sus enemigos dan idea de hasta qué punto habían calado los nuevos modos en las sucesivas hornadas de militantes<sup>8</sup>. Pues bien, esta misma asunción de la violencia caracterizaría años después a los falangistas, aunque con notables diferencias derivadas del hecho de no haber participado el país y, por tanto, la juventud española en la Gran Guerra.

Cuando se centra la atención en la paramilitarización de la política española y más concretamente en los primeros pasos del fascismo español no cabe duda de que las teorizaciones de Ledesma Ramos sobre la violencia y el lugar primordial que ésta ocupó en el ascenso del fascismo hispano son insoslayables<sup>9</sup>. Pero del mismo modo que esto es así también debería serlo el que una cuestión es la paternidad intelectual de una idea y otra muy distinta el que esos

---

<sup>7</sup> Robert O. PAXTON: *Anatomía...*, p. 76; Emilio GENTILE: *Storia del partito fascista (1919-1922). Movimento e milizia*, Roma, Laterza, 1989; Alberto AQUARONE: «Violencia e consenso nel fascismo italiano», *Storia Contemporanea*, 10 (1979), pp. 145-155; Paolo NELLO: «La violencia fascista ovvero dello squadristo nazionalrivoluzionario», *Storia Contemporanea*, 12 (1982), pp. 1009-1025; Adrian LYTTLETON: «Fascismo e violenza: conflitto sociale e azione politica in Italia nel primo dopoguerra», *Storia Contemporanea*, 12 (1982), pp. 965-1008, y Jens PETERSEN: «Il problema della violenza nel fascismo italiano», *Storia Contemporanea*, 6 (1982), pp. 985-1008.

<sup>8</sup> Richard J. EVANS: *La llegada del Tercer Reich. El ascenso de los nazis al poder*, Barcelona, Península, 2005, p. 309; John O'LOUGHLIN, Colin FLINT y Luc ANSELIN: «The geography of the nazi vote: context, confession and class in the Reichstag election of 1930», *Annals of the Association of American Geographers*, 84-3 (1994), pp. 351-380, y William SHERIDAN: *La toma del poder por los nazis. La experiencia de una pequeña ciudad alemana, 1922-1945*, Barcelona, Ediciones B, 2009.

<sup>9</sup> Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «Camisas de fuerza: fascismo y paramilitarización», *Historia Contemporánea*, 11 (1994), pp. 55-81, e íd.: «La violencia y sus discursos: los límites de la "fascistización" de la derecha española durante el régimen de la Segunda República», *Ayer*, 71 (2008), pp. 85-116. Para la trayectoria de Ledesma Ramos véase Ferrán GALLEGO: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005; Ferrán GALLEGO y Francisco MORENTE (eds.): *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, y Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: «Ledesma Ramos y el fascismo», *Razón Española*, 80 (1996), pp. 261-298.

pensamientos acaben calando en aquellos que van a protagonizar los hechos punitivos de dicho movimiento. Eso conllevó tiempo y es lo que muchas veces no se ha tenido en cuenta a la hora de estudiar el pasado falangista<sup>10</sup>. Por esto se aludía más arriba a lo acontecido en países como Italia o Alemania, porque la historia comparada aconseja que al radiografiar el ascenso del fascismo español se haga con tiento, pues ninguno de los acontecimientos que forjaron el carácter violento de nazis o nacionalfascistas aconteció en España hasta la llegada del 18 de julio de 1936. Con esto no quiere decirse que los falangistas no hubieran asumido la violencia antes de esa fecha ni menos aún rebajarles un ápice las responsabilidades que contrajeron durante la República. Tan sólo se pretende señalar que las condiciones que forjaron el carácter de los militantes en los fascismos mayores fueron muy diferentes a las que rodearon el ascenso de las primeras escuadras de Falange. Así, sin un proceso de banalización de la violencia y la consiguiente familiarización de la población con la misma<sup>11</sup>, no cabe duda de que la vía del falangismo hacia la violencia típicamente fascista asumida por los militantes de base fue completamente distinta. De hecho, ésta es una de las razones que explican por qué los mandos de la primera Falange pusieron especial cuidado en que la primera hornada de militantes aceptara no tanto unas firmes bases doctrinales teóricas como sí un acerado compromiso con el riesgo sin fin. Un vínculo, en definitiva, con una violencia vitalista entendida como una forma de vida, donde el arrojo, el peligro de perder la propia existencia y el consiguiente culto a los caídos se inculcaron en las mentes de esos camisas azules como el mayor servicio a prestar dentro de la Falange, algo que fue así antes del inicio de la guerra y antes, incluso, de la dura primavera de 1936.

Todo lo cual, por otra parte, resultó primordial para la posterior trayectoria de FE de las JONS, porque de otro modo nunca se hubieran abierto camino en un entorno hostil, tanto por la pro-

---

<sup>10</sup> Así lo ha advertido Ferrán GALLEGO: «El proceso constituyente del fascismo español: 1933-1935; revisión de algunos malentendidos», en Manuel BALLARÍN, Diego CUCALÓN y José Luis LEDESMA (eds.): *La Segunda República en la encrucijada: el segundo bienio*, Zaragoza, Cortes de Aragón, 2009, pp. 195-196.

<sup>11</sup> José Luis LEDESMA: «Qué violencia para qué retaguardia o la República en guerra de 1936», *Ayer*, 76 (2009), p. 92. Sobre cultura de guerra en España véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

pía oposición de sus enemigos políticos resueltos a impedir el ascenso del fascismo español como por las consecuencias derivadas de la negativa falangista a admitir el régimen republicano. Así pues y sin perder de vista que la violencia es algo consustancial al propio origen falangista, la historia del ascenso de FE de las JONS estuvo íntimamente ligada a las rupturas políticas de la Segunda República, al cuestionamiento de esa democracia por parte de diversas fuerzas a diestra y siniestra, así como al desarrollo de una violencia política que venía desde la propia primavera de 1931 y a la que también acabarían sumándose los falangistas<sup>12</sup>. De tal manera que, aunque pueda parecer paradójica, la trayectoria de la organización vino dada por un binomio en el que a mayores dificultades brotaron mayores voluntades de reacción para seguir adelante en su plan de derribar la democracia republicana<sup>13</sup>.

Para todo esto se requirió el tiempo del que hablábamos antes. Porque, a falta de una guerra en la que haber aprendido a ser combatientes, la primera generación de falangistas necesitó del estímulo de sus mandos, de la ilusión constante por un mañana nacionalsindicalista e incluso —aun siendo partícipes de un movimiento tan jerárquico como el fascismo— de cierta comprensión y tolerancia de éstos ante sus respectivas casuísticas, que de no haber sido atendidas por los primeros jefes muy difícilmente habrían posibilitado la consolidación del falangismo español. El objetivo de este artículo, por consiguiente, no es tanto elaborar una historia cerrada del ascenso falangista en España, como plantear la importancia de rastrear el pasado del joven español que se hizo camisa azul y la trayectoria del camisa azul que devino en combatiente, porque es ahí donde podemos encontrar nuevos elementos que sumar al retrato de aquel pasado, pues en su historia, en los miedos iniciales de los primeros falangistas, pero también en sus ilusiones y compromisos con el riesgo es dónde hallaremos una pieza más con la que completar el puzzle deshecho que aún sigue siendo el conocimiento de la violencia política en la España de los años treinta.

---

<sup>12</sup> Fernando DEL REY (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, y Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Roberto VILLA: *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República*, Madrid, Encuentro, 2010.

<sup>13</sup> José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: *Señoritos, Jornaleros y Falangistas*, Sevilla, Bosque de Palabras, 2008.

## Aprendiendo a ser violentos

Al iniciarse la guerra civil y a medida que ésta fue cubriendo sus primeras semanas, los habitantes del territorio bajo control de los sublevados comenzaron a convivir con la estética falangista a causa de las numerosísimas concentraciones que el partido organizaba por doquier. Se iniciaron así, al igual que lo habían hecho otros europeos antes, en el estilo típicamente fascista, porque fascistas fueron los rituales ante las cruces de los caídos bajo la tenue luz de las antorchas o, por ejemplo, los marciales desfiles llevados a cabo por toda la geografía controlada por los rebeldes<sup>14</sup>.

El público que vio desfilar en sus pueblos a aquellos falangistas se encontró con la imagen que quiso dar de sí aquella Falange: unos muchachos desfilando en perfecta formación, que transmitían una imagen gallarda, encarnando así la vanguardia de una nueva Falange que el 18 de julio se había lanzado a la destrucción de la República. Todos los que asistieron a estas paradas vieron los uniformes, las camisas azules remangadas, los gorrillos con sus borlones meciéndose al ritmo del paso firme, los correaes de cuero, los cuerpos atléticos y juveniles, los rostros casi imberbes, con miradas al frente y fusiles al hombro, todo bajo el aliento del saludo a la romana<sup>15</sup>. Una estampa como ésta difícilmente se borra de la mente. Y, sin embargo, con ser todo lo anterior cierto, el poder visual de aquellas imágenes más las responsabilidades contraídas por los falangistas durante la República y la guerra civil acabaron ocultando para siempre una parte de su pasado; habiéndose dado por cierto desde entonces el que las cosas se desarrollaron siempre conforme al estilo que acabamos de describir, cuando en realidad es en el rastro de los titubeos habidos en los comienzos de la Falange donde se debe buscar la forma en que los falangistas devinieron en combatientes y la consiguiente respuesta a

---

<sup>14</sup> Una colección de fotografías con los actos organizados por Falange en José Antonio PAREJO: *Las piezas perdidas de la Falange: el sur de España*, Sevilla, Universidad, 2008.

<sup>15</sup> La descripción se basa en las fotografías de la obra que citábamos en la nota anterior; una estampa similar pero extraída de un poeta falangista a raíz de los sucesos en Palma de Mallorca en Llorenç VILLALONGA: *Diario de Guerra*, Valencia, Pre-Textos, 1997.

por qué la República se encontró a aquellos hombres dispuestos a todo el 18 de julio<sup>16</sup>.

Los que se apuntaron a Falange durante la República lo primero que comprobaban es que aquél no era el lugar más adecuado si lo que buscaban era una militancia segura. Bien lo constataron, por ejemplo, los falangistas sevillanos cuando el 14 de abril de 1934 se vieron envueltos en los incidentes que llevaron a la cárcel a más de un centenar de afiliados, viniendo a demostrar dichas

<sup>16</sup> Aunque aún necesitada de una mayor profundización en la historia de la Falange, especialmente en lo concerniente a una aproximación desde abajo y desde el detalle, la producción historiográfica sobre el pasado falangista comienza a ser ya casi inabarcable. Se incluyen aquí sólo los trabajos que, en nuestra opinión, son más relevantes. Entre las monografías son de obligada consulta las obras de Joan María THOMÁS: *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999; ID.: *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000; José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, y Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado Franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, y, sobre todo, el que sigue siendo —en palabras de Joan María Thomàs— el estudio generalista más completo y de mayor ámbito cronológico debido a Stanley G. PAYNE: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997. Por lo que respecta a las obras de carácter regional o provincial destacan Ángela CENARRO LAGUNAS: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997; Julián SANZ HOYA: *El primer franquismo en Cantabria. Falange, instituciones y personal político (1937-1951)*, Santander, Universidad de Cantabria, 2003; ID.: *De la resistencia a la reacción. Las derechas frente a la Segunda República (Cantabria, 1931-1936)*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006; Francisco COBO y Teresa María ORTEGA: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*, Granada, Universidad, 2005; Damián-Alberto GONZÁLEZ: *La Falange manchega (1939-1945). Política y sociedad en Ciudad Real durante la etapa «azul» del primer franquismo*, Ciudad Real, Diputación, 2004; Josep CLARA: *El partit únic. La Falange i el Movimiento a Girona (1935-1977)*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1999; Joan María THOMÁS: *Falange, guerra civil, franquisme. FET y de las JONS de Barcelona en el primers anys del Règim franquista*, Barcelona, Publicacions de la Abadía de Monserrat, 1992, y Francisco LÓPEZ VILLATORO: *Los inicios del franquismo en Córdoba. FET de las JONS*, Córdoba, Ayuntamiento-Universidad de Córdoba, 2003. Por lo que respecta a los balances historiográficos que se han publicado en los últimos diez años véanse Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: «La historia local y social del franquismo en la democracia, 1976-2003. Datos para una reflexión», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 153-176; Teresa ORTEGA LÓPEZ: «Se hace camino al andar. Balance historiográfico y nuevas propuestas de investigación sobre la dictadura franquista», *Ayer*, 63 (2006), pp. 259-278, y, sobre todo, Joan María THOMÁS: «Los estudios sobre las Falanges (FE de las JONS y FET de las JONS): revisión historiográfica y perspectivas», *Ayer*, 71 (2008), pp. 293-318.

detenciones no sólo la hostilidad que rodearía la consolidación del falangismo, sino, sobre todo, la firme actitud contra el partido que adoptaron las autoridades. Porque, aunque aquel gobierno radical apoyado por la CEDA y el ministro Salazar Alonso fueron acusados por las izquierdas de actuar al servicio del fascismo, lo que es evidente cuando se acude a las fuentes de archivo falangistas es que la persecución que el Ministerio ordenó contra su organización les causó serios problemas desde el principio. En los meses siguientes al 14 de abril de 1934 se sucedieron, por tanto, el cierre de los pocos centros que hasta entonces habían abierto, fueron objeto de una intensa vigilancia y una persecución policial que acabó convirtiéndose en la tónica diaria contra los afiliados y jerarcas, los cuales fueron multados con cuantiosas sumas, encarcelados repetidamente, dificultando aquellas acciones policiales la marcha política del partido. Bien claro se lo confesó José Antonio a su amigo y colaborador Sancho Dávila: «nos tienen fritos»<sup>17</sup>.

De modo que es obligado situarnos en los primeros tiempos de la Falange para comprender por qué el 18 de julio los falangistas llegaron preparados a la cita con la destrucción de la democracia republicana. Ser falangista, por tanto, supuso contraer un matrimonio con el riesgo sin fin, el cual fue asumido voluntariamente, de ahí que los afiliados acabaran sumando su violencia a la ejercida ya por las organizaciones revolucionarias que desde muy atrás venían alterando la estabilidad del país. Pero antes de desposarse con la violencia tuvieron que aprender a convivir con el peligro, a superar miedos —especialmente los más jóvenes— como la censura paterna, que en más de una ocasión amenazó la continuidad de los muchachos en la Falange. En efecto, mientras no cuajaron como falangistas, el día que el cobrador de la organización debía recaudarles su cuota pasó a convertirse en una pesadilla para un sin fin de mocitos que habían ingresado sin autorización en Falange; lo cual, a medida que fue aumentando la militancia juvenil, acabó convirtiéndose en un serio problema para los mandos. A esta dificultad se le uniría más adelante la entrada en vigor del Decreto de agosto de 1934, por el que los menores debían desalojar las filas de las organizaciones políticas más, ahora sí, el hecho de que los padres tomaran conciencia de lo que suponía tener un hijo con los falangistas. Las circuns-

---

<sup>17</sup> Archivo Privado de Sancho Dávila (APSD), carpetilla «Cartas de José Antonio».

tancias, pues, obligaron a las juntas de mando a adaptarse rápidamente a la casuística de dichos afiliados. La cuestión del decreto fue cosa fácil de eludir: a los niños se les daba de baja oficialmente y ante las autoridades, para a continuación seguir permitiéndoles la militancia como si nada hubiese pasado. Pero en el asunto del cobro no hubo más remedio que cambiar de táctica recaudatoria, puesto que la oposición de los padres amenazaba con convertirse en un serio problema debido a que durante aquellos meses bastantes muchachos prefirieron darse de baja antes que ser descubiertos por sus familias<sup>18</sup>. Fue, como dijimos, el primer miedo que superaron. No fueron los únicos. Porque por lo que vamos sabiendo, ese mismo proceso de fragua del camisa azul rodeado de mil inconvenientes y titubeos también sucedió en el resto de la Falange nacional<sup>19</sup>.

La violencia formó parte del código genético fascista desde el principio por cuanto era la pieza clave con la que se pretendía imponer el *Orden Nuevo*. Pero una belicosidad, al mismo tiempo, con unas características y circunstancias bien precisas. La nueva *Era* a la que aspiraron surgiría de las ruinas de un campo de batalla donde yacerían para siempre los antipatriotas, los internacionalistas de cualquier clase, los liberales, cualquier rémora social que se opusiese a una *Comunidad Nacional* donde aquellos hombres nuevos —así se veían también los falangistas— traerían consigo el gobierno de los mejores y el consiguiente establecimiento de una nueva edad imperial que devolvería a sus respectivas naciones los tiempos de gloria y grandeza perdidos. Una vuelta, por tanto, a un mundo natural donde la *comunidad*, fuerte y poderosa, sería la que gobernaría a través de sus líderes los destinos de la nación y donde esa violencia, aprendida y entendida como un modo de vida en sí misma, actuaría como punta de lanza contra cualquiera que volviese a poner en peligro el futuro glorioso de aquellas naciones forjadas a sangre y fuego<sup>20</sup>. Lanzarse al

<sup>18</sup> José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: *Señoritos, Jornaleros...*, pp. 25-89.

<sup>19</sup> A fines de 1936 un militante murciano remitió al mando un informe sobre la trayectoria de la Falange en aquella provincia durante la República. En él comentaba lo difíciles que habían sido los comienzos allí, donde las dificultades también estuvieron a punto de arruinar los inicios del falangismo. Informe confidencial respecto a Falange Española de las JONS de Murcia y situación especial en que ésta se encuentra en aquella región de Levante, Sevilla, 22 de noviembre de 1936. Cfr. Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia, Secretaría General del Movimiento, caja 51/18946.

<sup>20</sup> Ian KERSHAW: *Hitler...*, pp. 318-319.

combate, por tanto, exigió de los falangistas, al igual que antes se les había exigido a los fascistas europeos, interiorizar cuanto acaba de mencionarse, así como altas dosis de voluntad e idealismo, equivocado ciertamente, pero idealismo al fin y al cabo. Cuando completaron el proceso, lo hicieron para convivir con la violencia hasta el final, contribuyendo de esta forma a que España se precipitara aún más por un abismo de excesos que ningún español de hoy día podría soportar. A razón de esto, la historia de la violencia, de las provocaciones, del pistolero de la Falange durante la República es inacabable<sup>21</sup>, pero no por esto el historiador debe dejar de preguntarse quién disparó el primer tiro, de quién fue el primer caído<sup>22</sup>. Porque aunque no cabe duda que gran parte de las primeras provocaciones procedieron de la Falange y que la violencia fue su único camino para llegar a la meta final, cabe también afirmar que no fue la Falange la que causó el primer muerto. Esto no debe perderse de vista porque fue en la forma en que se produjeron estos acontecimientos donde encontramos las claves para nuestra reconstrucción.

Como es sabido Falange se fundó en octubre de 1933. Un mes escaso después, sin tiempo de haber pensado en las pistolas alguien disparó contra la multitud en un mitin de Primo de Rivera en Cádiz, ocasionando un muerto y varios heridos. El 11 de enero de 1934 fue asesinado el primer falangista en Madrid, el cual acababa de comprar una publicación de Falange. A raíz de aquel asesinato, los quiosqueros se negaron a vender los periódicos de FE por lo que fueron los jóvenes del partido quienes empezaron a venderlos por las calles. El resultado de todo esto fue que el 27 de enero de aquel mismo año fuera asesinado a tiros el encargado de dirigir esas ventas a pie de calle. El 3 de febrero dos heridos de bala que vendían el periódico; el 9 de febrero moría Matías Montero. Es decir, en cuatro meses de vida Falange ya sumaba cuatro muertos<sup>23</sup>. ¿Cómo respondieron a dichos asesinatos los falangistas? En realidad no hubo reacción inmediata, por lo que aquellos asesinatos no sólo siguieron

---

<sup>21</sup> Julián PEMARTÍN: *Almanaque de la primera guardia*, Madrid, Editora Nacional, 1946.

<sup>22</sup> Estas cuestiones ya fueron abordadas por Alfonso LAZO, «Independencia y verdad en la Historia. El caso de la Falange republicana», en José Manuel MACARRO VERA (dir.): *De la Restauración borbónica a la Guerra Civil*, Sevilla, Universidad, 2009, pp. 375-385.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 383.

sin respuesta, sino que dieron lugar, además, a una intensísima campaña de burla contra los mandos de la organización<sup>24</sup>.

Desde las páginas del *Abc*, pasando por un Ledesma Ramos resuelto a señalar la contradicción de un partido combativo que se negaba a luchar<sup>25</sup> y sin olvidar la negativa de un José Antonio Primo de Rivera, aún por aquel entonces convertido en un líder fascista atípico que rechazaba que su partido se convirtiera en «una organización de delincuentes [...] por muchos estímulos oficiosos que reciba»<sup>26</sup>, el caso es que la pasividad del mando viene a señalar la importancia de no soslayar el proceso evolutivo mediante el cual la Falange acabaría asimilando la violencia típicamente fascista. Porque, efectivamente, una cuestión fue representar, como en el caso de Ledesma Ramos, el papel de padre intelectual de la violencia fascista en España y otra muy distinta conseguir que dicha idea la asumiera un grupo político como el de los falangistas, lo cual en el caso español anduvo necesitado de tiempo. Así que mientras José Antonio Primo de Rivera no resolvió sus dudas, aquellos asesinatos continuaron: el 9 de marzo de 1934 un obrero de FE fue acribillado a balazos en Madrid; una situación que seguiría de este modo hasta el 10 de junio de 1934. Aquel día un grupo de falangistas salieron de excursión camino de los montes de El Pardo. No era una salida campestre cualquiera, en realidad iban a encontrarse con las Juventudes Socialistas que solían acudir a aquel mismo lugar. Iban a provocar. Sin embargo, la provocación les salió mal porque aquella jornada los socialistas los superaban en número, al punto que éstos consiguieron aislar y rodear a uno de los falangistas que acabarían matando a puñaladas. Aquella misma tarde Primo de Rivera ordenó la represalia. Horas después, ya de noche, el grupo de las

<sup>24</sup> *Abc*, 10 de febrero de 1934 y 13 de febrero de 1934.

<sup>25</sup> Ramiro LEDESMA RAMOS: *Escritos políticos (1935-1936)*, Madrid, Trinidad Ledesma Ramos, 1988, p. 129.

<sup>26</sup> La cita en Alfonso LAZO: «Independencia y...», p. 384. Como bien recoge Payne, «en el primer número de *FE*, José Antonio había declarado que, de hecho, la violencia era algo de menor importancia en el programa falangista, pero que estaba definitivamente justificada si se aplicaba en el momento y en el lugar apropiados. Anteriormente había escrito en una carta personal que “la violencia no es censurable sistemáticamente. Lo es cuando se emplea contra la Justicia”, lo que, como mínimo, es una afirmación altamente ambigua. Algunas de sus primeras declaraciones políticas invocaban la violencia pero refiriéndose a ella de modo ambiguo y defensivo». Véase Stanley G. PAYNE: *Franco y José Antonio...*, pp. 189-190.

Juventudes Socialistas que regresaba en autobús fue tiroteado por los falangistas, muriendo en la refriega una muchacha del PSOE llamada Juanita Rico. Así fue cómo los falangistas resolvieron sus dudas y de esta forma cómo empezó la matanza entre unos y otros, la cual iría aumentando hasta el inicio de la guerra civil<sup>27</sup>.

Apretar el gatillo fue el último paso en la asimilación de la violencia. Cuando lo dieron, el arrojo exigido, el ideal de violencia fascista cobró definitivamente carta de naturaleza en la militancia falangista, posibilitando así que a partir de entonces la *Primera Línea* de la Falange deviniera en el instrumento de castigo con el que llevar a cabo las acciones contra los enemigos. Las cifras de adscripción voluntaria —un hecho que debe destacarse por cuanto hasta 1938 los mandos dejaron en manos de sus afiliados la adscripción a una u otra sección— a la *Falange de la Sangre* allí donde se ha completado el estudio no dejan lugar a dudas: un 65,9 por 100 de los militantes en la Falange de la capital hispalense y un 68 por 100 de los militantes pertenecientes a las Falanges de pueblo sevillanas durante la República muestran claramente la disposición de los afiliados para el combate. Lo que vino después es de sobra conocido: un grupo más sumándose a la lista de organizaciones anti-demócratas que venían violentando la legalidad republicana desde la primavera de 1931, con lo que el problema del orden público en España se vio agravado aún más<sup>28</sup>. Unos y otros, por tanto, despreciando el Estado de derecho llevaron a España a una ola de crímenes que entre 1931 y 1936 se cobró, según algunos cálculos, no menos de 2.200 muertos (sin contar los heridos)<sup>29</sup>, una cifra inasimilable en la España de hoy. Fue la violencia política de la Segunda República,

<sup>27</sup> Alfonso LAZO: «Independencia y...», p. 385.

<sup>28</sup> Gerald BLANEY: «Between order and loyalty: The Civil Guard and the Spanish Second Republic, 1931-1936», en David ORAM (ed.): *Conflict & Legality: policing mid-twentieth century Europe*, Londres, Francis Boutler, 2003; ID.: «Keeping order in Republican Spain (1931-1936)», en ID.: *Policing interwar Europe. Continuity, Change and Crisis, 1918-1940*, Londres, Palgrave MacMillan, 2007, pp. 31-68; Francisco José CARMONA: *El orden público en Sevilla durante la Segunda República*, Sevilla, Patronato del Real Alcázar, 2011, e ID.: *Violencia política y orden público en Andalucía Occidental, 1933-1934*, Madrid, Ministerio del Interior, 2002.

<sup>29</sup> Un análisis sobre la violencia política en Fernando DEL REY: «Reflexiones sobre la violencia política en la Segunda República española», en Diego PALACIOS y Mercedes GUTIÉRREZ (eds.): *Conflicto político, democracia y dictadura. Portugal y España en la década de 1930*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 17-97. Payne da no menos de 2.200 muertos como consecuencia de

unos años de atentados por momentos casi diarios en el que los falangistas, una vez estuvieron preparados para ellos, contrajeron notables responsabilidades. Ellos serían los mismos que empuñarían las armas el 18 de julio de 1936.

## Combatientes

A los pocos meses de iniciarse la guerra civil comenzó a popularizarse entre las fuerzas del bando sublevado no falangistas una coplilla en la que los de Falange aparecían retratados como unos cobardes dedicados únicamente a los desfiles<sup>30</sup>. Hoy, los datos de archivo muestran cuán equivocados estuvieron quienes la cantaron, porque si bien es cierto que toda la retaguardia se forró de camisas azules desfilando sin parar, tampoco fue menos verdad que esta imagen de partido exhibicionista fue posible gracias a que los cuadros de la Falange estuvieron llenos a rebosar de militantes. Lo cual, por otra parte, les permitió —a diferencia de otras organizaciones— tener los suficientes integrantes como para mandarlos a los frentes de combate y también a los desfiles que se organizaron en la retaguardia. Hoy aquellas burlas ya no sorprenden al historiador, por la información contenida en los archivos y porque éstas fueron en realidad una consecuencia del pulso mantenido entre un partido de masas como la Falange y una derecha reaccionaria que muy pronto comenzó a ver en el falangismo, en su estilo y en su praxis fascista una anomalía inexplicable en la España sublevada. No fue la única imagen recibida sobre FE de las JONS.

El 18 de julio inauguró una nueva etapa en la historia de la Falange, trayendo consigo una oleada de afiliaciones que la convirtió en una organización de masas. Durante décadas la explicación que se le dio a dicha avalancha se fundamentó en el miedo a los fusilamientos y en el pasado político. Así todo cuadraba: de no haber sido por estos factores, el fascismo español nunca se habría convertido en un movimiento de masas. Dejando de lado el atractivo que el ideal de *Comunidad Nacional* —propio de todo fascismo—

---

la violencia política. Véase Stanley G. PAYNE: *El colapso de la República: los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005, p. 540.

<sup>30</sup> Eugenio VEGAS: *Los caminos del desengaño. Memorias políticas*, II, 1936-1938, Madrid, Tebas, 1987, p. 60.

había ejercido entre millones de europeos pertenecientes a todos los estratos sociales y que ahora también era perceptible en España de la mano de la Falange, es evidente que la teoría del paraguas protector como explicación de aquel torrente de afiliaciones no sirve del todo por cuanto es incapaz de explicar por qué ese mismo crecimiento masivo experimentado en Falange no tuvo lugar igualmente en las filas carlistas, que también se alzaron contra la República, que también convocaron a los españoles, pero que fueron incapaces de aumentar sus bases como lo hicieron los falangistas. Una teoría errónea que impide, además, valorar en su justa medida tanto la importancia del concurso azul en la victoria franquista, como las responsabilidades que aquellos falangistas contrajeron durante la contienda. En cualquier caso, y siempre gracias a los datos hallados en los archivos, vamos sabiendo ya quiénes fueron los que ingresaron en Falange a partir del 18 de julio; por qué eligieron a FE y no, por ejemplo, a la Comunión Tradicionalista, y a qué ritmo ingresaron en la organización<sup>31</sup>.

Iniciada la guerra, la estructura organizativa de la Falange necesitaba una remodelación urgente como consecuencia de los desajustes ocasionados por los tiempos de la clandestinidad. Lo más prioritario fue recomponer la parte administrativa para gestionar la avalancha de afiliaciones, dejándose para más adelante la reconfiguración de otras secciones del partido como la de milicias, lo cual significó que la adscripción a la *Primera y la Segunda Línea* siguió dependiendo del interés particular de cada afiliado<sup>32</sup>. O dicho de otra forma, cuando elegían entrar en Falange lo hacían estando sujetos a una doble voluntariedad: la primera, haber elegido FE de las JONS y no la Comunión Tradicionalista o las Milicias Nacionales y, la segunda, decidir en qué sección se adscribían. Y no fue hasta que llegó la hora de la reorganización de Milicias —tras la Unificación, es decir, cuando ya hacía meses que venía siendo un partido de masas— cuando la Jefatura Nacional de Milicias ordenó que, a partir de entonces, todos los militantes que estuviesen comprendidos entre los dieciocho y los treinta años fueran adscritos obligatoriamente a la *Primera Línea*, salvo en las contadas ocasiones que se contemplaban en dichas normas<sup>33</sup>.

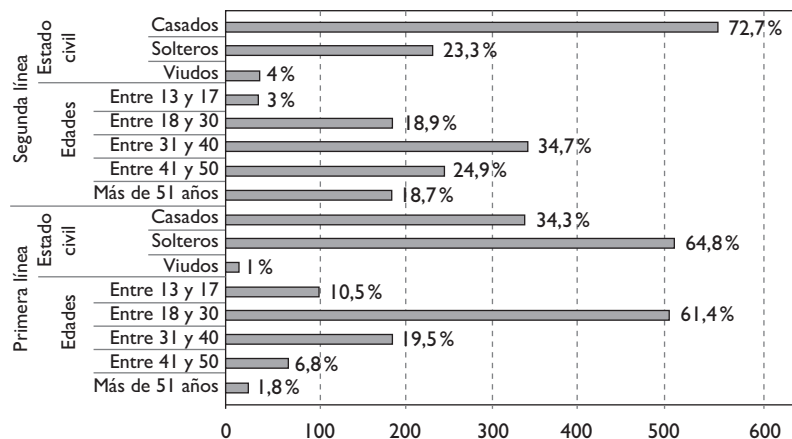
<sup>31</sup> José Antonio PAREJO: *Las piezas...*, pp. 71-118.

<sup>32</sup> *Ibid.*

<sup>33</sup> Archivo Municipal de Paradas, legajo 463, 19 de mayo de 1937.

GRÁFICO 1

*Edades y estado civil de los Falangistas por Secciones de Falange.  
Provincia de Sevilla, Ocupación Militar-Decreto de Unificación*



*Fuente:* Elaboración propia a partir de los datos localizados en los archivos municipales sevillanos.

Posteriormente, en el mes de marzo de 1938, tras casi veinte meses de guerra y cuando las milicias de FE llevaban militarizadas desde el 20 de diciembre de 1936, el reglamento se endureció aún más, al prohibirse la permanencia en la *Segunda Línea* a todos los que tuvieran entre dieciocho y treinta años<sup>34</sup>. El día que esto se ordenó llevaban casi dos años combatiendo, lo cual significaba que para cuando se cerraron las puertas a la libre elección hacía ya mucho que los militantes habían elegido su sitio, las más de las veces de forma voluntaria. De todo aquello quedó un rastro en los archivos locales, cuyo resumen es el gráfico 1. Con los propios documentos de la Falange avalando la reconstrucción de este retrato colectivo, el resultado que las decisiones de cada afiliado arrojó es claro: ni el miedo a los fusilamientos ni el miedo al frente de batalla pueden explicar por sí solos los datos de afiliación, por cuanto más del 50 por 100 de los nuevos falangistas que entraron en la organización

<sup>34</sup> Un estudio más pormenorizado de la cuestión en José Antonio PAREJO: *Las piezas...*, capítulo II; una reproducción de la normativa de Milicias de FET en *id.*: *Señoritos, Jornaleros...*, pp. 282-288.

a partir del 18 de julio se apuntaron a la *Primera Línea* y del total de afiliados que solicitaron su ingreso entre el 18 de julio de 1936 y las vísperas de la unificación en abril de 1937 resulta que el 70 por 100 carecía de orígenes políticos. Así, los que optaron por la *Primera Línea* fueron los jóvenes, los solteros, gentes en general sin orígenes políticos previos (ni de izquierdas ni de derechas) aunque dispuestos todos al combate. En cambio, los que ingresaron directamente en la *Segunda Línea* fueron los casados, los que tenían responsabilidades familiares y los afiliados de más edad<sup>35</sup>.

Y lo destacable es que esta misma tónica se detecta en otras provincias españolas. En la onubense, por ejemplo, la distribución entre la *Primera y la Segunda Línea* fue prácticamente la misma que la vista en el caso sevillano: un 51,3 por 100 de los falangistas estuvieron encuadrados en la *Primera Línea* por un 48,7 por 100 en la *Segunda*<sup>36</sup>. En el caso de la Falange de Tánger, el recuento también arroja que allí la mayoría de los efectivos se adscribieron a la sección más expuesta: 147 falangistas españoles y 228 más de origen marroquí, es decir, el 71,4 por 100 pertenecía a la *Primera Línea*<sup>37</sup>. Exactamente lo mismo que en la Jefatura Provincial de Tenerife, donde la inmensa mayoría de los falangistas canarios no sólo se habían adscrito a la *Primera Línea* (74,8 por 100), sino también que buena parte de los mismos pasaron a los frentes de la Península para luchar contra la República: de los 2.277 militantes de *Primera Línea* en el momento del cómputo, 1.828 estaban luchando ya en los frentes de batalla<sup>38</sup>.

Y una última cuestión. Para darle un punto más de nitidez al retrato de los falangistas en guerra no debe olvidarse una serie de circunstancias que han dificultado la reconstrucción de esta imagen hasta ahora. La primera es que la fotografía final nunca reflejará a todos los falangistas que marcharon al combate, pues muy a me-

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> *Nomenclátor de la Provincia de Huelva*, 23 de abril de 1937, AGA, Presidencia, Secretaría General del Movimiento, caja 51/18.946.

<sup>37</sup> *Ibid.* En la segunda línea había 150 militantes, el 28,6 por 100 del total. Hasta que no completemos el estudio de la Falange en el sur de España no estaremos en condiciones de asegurar cuáles fueron las razones por la que esos marroquíes se adscribieron a Falange, si por una creencia en el ideal palingenésico de la Falange o simplemente por la búsqueda de un *modus vivendi*.

<sup>38</sup> *Ibid.*, informe del 15 de abril de 1937. En la segunda línea estaban 766 falangistas (25,2 por 100 del total).

nudo se dio el caso de que muchos de ellos o bien fueron movilizados por el ejército sublevado antes de ser activados con sus respectivas banderas de Falange o bien el no menos infrecuente caso de estar luchando ya con las unidades falangistas y tener que abandonarlas para integrarse en las fuerzas del ejército regular franquista. La segunda, no menos importante, derivada de las cifras que se recogen en el cuadro 1, es que esos 205.173 falangistas puestos a disposición de los mandos franquistas, más las altísimas tasas de bajas que tuvieron las unidades en las que fueron encuadrados durante la contienda dan una idea bastante exacta de lo hecho por la Falange durante el combate. Son cifras que hablan por sí solas, especialmente si, además, las comparamos con el número de boinas rojas que la Comunión Tradicionalista consiguió movilizar durante la campaña. Cruzando, pues, los datos que tenemos con los rasgos sociológicos de dichos falangistas nos aparece un retrato de grupo en el que los falangistas aparecen desposados con la violencia, decididos a destruir la democracia republicana, contrayendo, por tanto, responsabilidades en la medida en que la voluntad y el idealismo de cada afiliado acabó convirtiendo a la Falange en un pilar fundamental a la hora de fijar la estrategia de guerra franquista, por cuanto ningún mando militar pasaría por alto la importancia de tener a su servicio a más de 200.000 milicianos dispuestos a todo con tal de alcanzar el objetivo propuesto<sup>39</sup>.

Estos miles y miles de combatientes procedentes de prácticamente todas las Falanges del país, diseminados por todos los frentes de combate arrojan una nueva imagen sobre la fotografía tradicional que hasta ahora teníamos de la organización. En primer lugar, porque tanto las coplillas contra los emboscados de FE como las teorías de los paraguas protectores presentan serios problemas a la luz de estos datos. En segundo término, porque la Falange fue capaz de atraer a un contingente de españoles dispuestos a todo como el que vemos en los distintos apartados de este cuadro. Tercero porque no parece que predominaran los que fueron al combate obligados, sino todo lo contrario: la gran mayoría marcharon voluntariamente como así lo atestiguan los datos hallados en los ar-

---

<sup>39</sup> «Estado numérico de ex-combatientes, muertos y heridos que pertenecieron a las distintas unidades de FET y de las JONS durante la pasada campaña de Liberación Nacional», Madrid, 17 de marzo de 1958, Archivo General Militar de Ávila, caja 5757, carpeta 12.

## CUADRO 1

*Relación de fallecidos y heridos enrolados en las Milicias de FET, diferenciados por Regiones Militares y procedencia anterior a la Unificación*

<i>Regiones militares</i>	<i>Excombatientes Falange</i>	<i>Muertos</i>	<i>Heridos</i>	<i>Bajas (%)</i>	<i>Excombatientes carlistas</i>	<i>Muertos</i>	<i>Heridos</i>	<i>Bajas (%)</i>
Primera	28.410	1.811	5.834	25,32	3.752	417	1.151	41,79
Segunda	63.383	2.004	5.793	12,30	6.803	249	1.023	18,70
Tercera	1.320	34	102	10,30	—	—	—	—
Cuarta	891	3	12	1,68	1.395	269	346	44,09
Quinta	31.945	1.916	14.710	52,05	9.050	481	4.159	51,27
Sexta	45.529	3.599	23.950	60,51	48.279	3.212	22.475	53,21
Séptima	22.103	2.327	5.818	36,85	—	—	—	—
Octava	7.590	637	1.865	32,96	—	—	—	—
Canarias	4.002	167	295	11,54				
TOTAL	205.173	12.498	58.379	34,54	69.279	4.628	29.154	48,76

*Fuente:* elaboración propia a partir de los datos localizados en Archivo General Militar de Ávila, caja 5757, carpeta 12, «Estado numérico de excombatientes, muertos y heridos que pertenecieron a las distintas unidades de FET y de las JONS durante la pasada campaña de Liberación Nacional», Madrid, 17 de marzo de 1958.

chivos. Y porque, además, los falangistas combatieron en sus respectivas banderas con una determinación tal contra la República que, insistimos, las tasas de muertos, heridos y bajas deberían tenerse muy en cuenta a la hora de valorar la importancia que tuvieron en el desarrollo de la guerra y, por consiguiente, las responsabilidades que contrajeron en la caída del régimen republicano.

## Conclusión

Una organización como la Falange no atrajo a cientos de miles de españoles hasta entonces apolíticos sin más razón que el miedo o el odio al enemigo, no mandó al combate a más de 200.000 voluntarios, que fueron heridos y que cayeron por miles en los frentes<sup>40</sup>, nada de esto se consigue sin un discurso previo que los presentase

<sup>40</sup> Las cifras que hasta la fecha se manejaban fueron las aportadas por Rafael CASAS DE LA VEGA: *Las Milicias Nacionales*, vol. 1, Madrid, Editora Nacional, 1977.

como algo tan atractivo como para conseguir que éstos pusiesen sus vidas al servicio de un ideal como el falangista. Comparado con lo sucedido en otros países de Europa donde sus respectivas organizaciones fascistas también fueron capaces de movilizar las voluntades en la forma en la que lo hizo la Falange a partir del 18 de julio, no cabe duda de que el caso del fascismo español fue uno más en esa larga lista de movimientos fascistas dispuestos a todo. Pero por el hecho de que el resultado acabara siendo el mismo no quiere decirse que la radiografía falangista deba estudiarse de la misma forma. Primero, porque las circunstancias de partida no fueron las mismas; segundo, porque el aprendizaje de los falangistas no fue el de sus homólogos europeos y, tercero, porque el tiempo histórico no avanzó de la misma forma en unos lugares que en otros. En cualquier caso, una cuestión ya es evidente: el camino que queda por recorrer aún es largo. Falta todavía conocer la influencia que ejerció en los afiliados la violencia reactiva contra el enemigo y la que tuvo la violencia vitalista. Queda igualmente pendiente barajar las posibilidades por las que un joven sin necesidad de ello ingresó en un partido como la Falange y se lanzó luego a jugarse la vida. Sin olvidar el análisis concienzudo de las circunstancias que posibilitaron la transformación de una Falange dubitativa en una organización abiertamente fascista respecto a la concepción y uso de la violencia.

Acabada la guerra llegó la hora de volver a casa y reincorporarse a la vida civil. Los falangistas que regresaron lo hicieron victoriosos. Les habían prometido que al alcanzar la victoria obtendrían la recompensa por la que marcharon al combate. Lo consiguieron. Pero lo que encontraron a la vuelta no tuvo nada que ver con las promesas de antaño:

«La escasez de camas con que cuenta el Patronato Nacional Antituberculoso hace ineficaces cuantas gestiones realiza esta Delegación Nacional. Es una esperanza de solución el anuncio de la creación de veinte mil camas, por iniciativa de nuestro Caudillo; pero aún ha de transcurrir mucho tiempo antes de que este proyecto sea una consoladora realización y la situación de nuestros camaradas excombatientes exige que se adopten medidas inmediatas que si no pueden ser la solución total y el remedio adecuado (la cura sanatorial) sí pueden ser una ayuda y suponer la posibilidad de esperar el ingreso en un Sanatorio. A nuestro juicio este remedio provisional y transitorio puede ser la concesión de un subsidio [con lo que] ya no se verán los excombatientes tuberculosos pobres obligados a traba-

jar para atender a su subsistencia y podrían hacer una vida de relativo reposo tan necesario para que la espantosa enfermedad no adquiriera mayor expansión y virulencia»<sup>41</sup>.

Qué duda cabe que detrás de aquella victoria vinieron todo tipo de beneficios para los excombatientes, realidad que no puede perderse de vista; sin embargo, al término de la guerra muchos falangistas comenzaron a esperar sentados el cumplimiento del ideal por el que fueron al combate. Así, la imagen de aquel combatiente alemán de la Gran Guerra, de pierna amputada y triste estampa tirado en la calle mientras pedía limosna en el suelo con la cabeza gacha vino a ser uno de los más poderosos símbolos con el que los contrarios a la democracia de Weimar ejemplificaron la traición al II Reich. Salvando las distancias y a la inversa en cuanto a su significado desmoralizador, las penalidades de los falangistas tuberculosos demostraron a sus compañeros que habían combatido en la guerra civil por la *dura* realidad de una España franquista, pero no falangista. Algunos militantes vieron aquello como una traición; la gran mayoría de los camisas azules que habían combatido, en cambio, no tardó en acomodarse a un régimen en el que, a pesar de todo, ellos siguieron siendo los vencedores.

---

<sup>41</sup> Informe de José A. Girón de Velasco al presidente de la Junta Política de FET, Madrid, 28 de noviembre de 1940, AGA, Presidencia, Secretaría General del Movimiento, caja 52/2289.